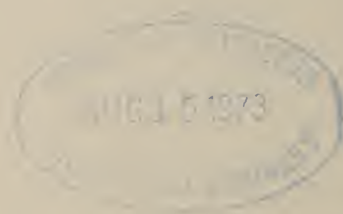
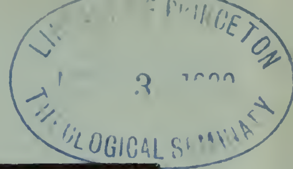
La Ultima Semana
del Ministerio Terrenal
de Jesus

José Vélez Ortiz





LA ULTIMA SEMANA DEL MINISTERIO TERRENAL DE JESUS

Por

José Vélez Ortiz

Dedicated to the Rev. E. H. Roberts,

Sincerely,
Rev. José Vilar-Ortiz.

Añasco, P.R. Nov. 14–1938.

LA ULTIMA SEMANA DEL MINISTERIO TERRENAL DE JESUS



Por

José Vélez Ortiz

—1 9 3 8—



OTROS TRABAJOS LITERARIO-RELIGIOSOS
Del Autor

PAGINAS SELECTAS

Colección de artículos, diálogos, pláticas, apuntes biográficos. Han sido publicados en diferentes periódicos y revistas.

DE LAS TINIEBLAS A LA LUZ

Novela religiosa. Inédita

LA PRIMERA NAVIDAD

Estudio bíblico alrededor del natalicio de Jesús. Inédito.



"La Ultima Cena"

AL LECTOR

En el año 1916 publicamos un tratado que llevaba como epígrafe "Breve Exposición de las Siete Palabras." Al publicar este opúsculo hemos añadido los demás acontecimientos que tuvieron efecto durante la última semana del ministerio de Jesús, según los presentan los cuatro Evangelios.

Al dar publicidad a este trabajo, lo hemos hecho sin ninguna pretensión, y solamente con el propósito de ayudar al estudio de los gloriosos eventos que recordamos todos los años para la Semana Santa. Por lo tanto, suplicamos la indulgencia del lector al encontrar algún error en la cronología de los diferentes acontecimientos bíblicos o en cualquiera otra parte de este ensayo.

José Vélez Ortiz

Enero de 1938.



"Jesús Enseña el Espíritu de la Humildad y el Servicio"

DEDICATORIA

A mis queridos hijos: Samuel José, Ruth María, Herbert Juan, Priscila Luisa, y Elvirita Isolina, las tiernas flores que alegran el ambiente hogareño, dedico este sencillo opúsculo, como sincera expresión de amor paterno, esperando que el Señor ilumine siempre la senda de sus vidas con los resplandores de su Santa Palabra, para que todos los trofeos que puedan conquistar en su jornada terrenal, los depositen a los pies del Divino Maestro.

EL AUTOR



"Jesús en Getsemaní"

P R O F E C I A

Isaías Capítulo 53

Siendo el plan de Dios desde la caida del hombre, redimir a la humanidad por medio de la sangre de su Hijo amado derramada en el Calvario, todas las profecías bíblicas, desde los más remotos tiempos, señalan hacia ese evento, como el apoteosis de todas las revelaciones dadas en el transcurso de los siglos.

Aquellos santos varones que tenían el privilegio de penetrar con su escrutadora mirada en las regiones ignotas del porvenir, tuvieron una visión clara y definida de la obra redentora del Salvador.

Cuando leemos el capítulo 53 de Isaías, tenemos delante de nosotros un cuadro tan real, tan completo, de los sufrimientos del Salvador, que parece que fue escrito después de verificarse los acontecimientos y no unos cuatro siglos antes.

No solamente en Isaías, sino también en las otras profecías, hay alusiones a la obra expiatoria del Mesías, acontecimiento trascendental que había de trazar nuevas orientaciones a la marcha religiosa de la humanidad. La influencia de la inmolación del Cordero de Dios no solamente habría de sentirse en el orden espiritual, pero también sus efectos bienhechores se dejarían sentir en todas las esferas de las actividades humanas.

Muchos relegaron al olvido las profecías, en cambio había muchas almas piadosas, que esperaban pacientes sus cumplimientos. Muchos de éstos quizás murieron como dice el apóstol que escribió la carta a los Hebreos, "saludando desde lejos a las promesas" pletóricos de fe sus corazones.



"La Entrada Triunfal"

I. DOMINGO:

ENTRADA TRIUNFAL DE JESUS A JERUSALEM

Mat. 21:1-16; Mar. 11:1-11; Lucas 19:28-44; Juan 12:12-19

Hay tres ciudades que ocupan puestos muy prominentes en la Historia: Atenas, Roma y Jerusalem. Son como tres cimas bañadas más intensamente por la luz de las ideas y que han sentido las conmociones de los acontecimientos más trascendentales que han agitado a la humanidad. Si con la imaginación nos situamos en esas cumbres históricas, tendremos amplias perspectivas; pues podemos contemplar las orientaciones del mundo en los campos artístico, político y religioso.

Atenas nos recuerda el arte, la ciencia, la filosofía y el politeismo con sus dioses olímpicos — Nos inspira con la belleza de sus deidades mitológicas, con sus náyades, nereidas y ondinas, y eleva nuestra mente al escuchar las máximas de sus más ilustres filósofos como Aristóteles, Sócrates y Platón.

La historia de Roma nos presenta la reconcentración de los poderes políticos, la organización militar, los grandes códigos de leyes, y evoca el recuerdo de los grandes imperios que por su carencia de cultura moral, su grandeza se esfumó, y actualmente brillan con tenue resplandor en la constelación de las naciones.

Jerusalem es para nosotros como una ciudad-símbolo. En su historia milenaria se mezclan lo divino y lo humano; la epopeya con la tragedia; hay resplandores de astros y densas tinieblas; cánticos de ángeles y blasfemias del averno; hay remansos de paz y vórtices de destrucción; ineludible combinación de elementos en un pueblo que ha

servido de laboratorio a las más grandes ideas que han transformado al mundo.

Jesús, como todo niño judío, aprendió a amar a Jerusalem. Los judíos aunque eran una colonía romana, columbraban en las promesas mesiánicas, una posible restauración de su soberanía nacional. En la fiesta anual de la Pascua, cuando acudían desde los más apartados confines a la ciudad Santa, reverdecían estas dormidas esperanzas al recordar la grandeza espiritual y material del pasado. En el Templo quizás les parecería oír el arpa gemidora del rey David acompañando sus salmos, y en los murmullos melancólicos del Cedrón las preces y endechas de los antiguos héroes de la patria amada.

La narración bíblica nos da los detalles de la primera visita que hizo Jesús a Jerusalem cuando tenía doce años, jornada luminosa que seguramente jamás se borraría de sus recuerdos . . . .

Cada año Jesús acudía al templo al celebrarse la gran fiesta nacional, porque era allí que se le ofrecía la oportunidad de ponerse en contacto con gente de toda la nación y podía así impartir la divina enseñanza y aliviar el sufrimiento físico de las multitudes curando sus enfermedades y dolencias.

Antes de emprender la última jornada a Jerusalem, las palabras del evangelio son muy enfáticas al declarar que "afirmó su rostro para ir a Jerusalem". Había delante de él la perspectiva de sufrimientos, de dificultades, oposición, desengaños, pero no hubo vacilación ni temor, sino que estaba dispuesto para afrontar con valor la prueba.

La actitud pacifista de Jesús se hace evidente en la selección de la cabalgadura. Cuando los reyes entraban en una ciudad en tiempo de guerra lo hacían montados a caballo. Al escoger Jesús un pollino indicaba que su misión era de paz. No albergaba su mente ningún plan de conquista en el orden material, era simplemente el rey que había de imperar en el corazón de los creyentes en sus divinas doctrinas.

Al contemplar a Jesús, rodeado de aquella muchedumbre que delirantemente le aclamaba, que tendían sus capas a su paso y regaban con flores su camino, nos parece este un paréntesis en su estado de humillación, como lo fué también la escena de la transfiguración en el monte Tabor.

Gran intranquilidad causó esta manifestación por las calles de Jerusalem. Quizás pensaron por un momento que Jesús iba a convertirse en un caudillo revolucionario, de aquellos que de tiempo en tiempo daban grandes disgustos a las autoridades del imperio. Pero Jesús ya había declarado explícitamente en cuanto a la naturaleza de su reino "que no era de este mundo", es decir, que no tenía ningún matiz político; sino que era relacionado con las cosas celestiales.

Muchas de aquellas personas que le aclamaban en su entrada triunfal a Jerusalem, no tenían una idea exacta de la naturaleza del reino de Jesús y acariciaban la esperanza de que él podía combatir con las aguerridas legiones del César y devolver la libertad política a su patria; pero esas quimeras hijas de la exaltada fantasía popular no llegaron a cristalizarse y muy pronto aquella muchedumbre fué dispersándose hasta que quedó Jesús solo en frente de sus formidables enemigos.

En los alrededores del templo había gran número de enfermos que con ansiedad esperaban la restauración de su salud. Después de sanar un gran número de estos infelices y siendo ya tarde Jesús salió para Betania.

II. LUNES

1. LA HIGUERA ESTERIL — Mateo 21 : 18-21; Marcos 11 : 12-14, 20-24.

Cuando Jesús regresaba de Betania, por la mañana, acompañado de sus discípulos, le llamó la atención una frondosa higuera que crecía a la vera del camino, la cual defraudó las esperanzas del Maestro al ver que no llevaba ningún fruto. Jesús la maldijo para que no fuera más fructífera y al poco tiempo el árbol se secó.

Esta higuera es el símbolo de las apariencias engañosas de la vida humana. ¡Cuántas higueras no vemos a menudo en todas las esferas de la sociedad! Atractivos falaces, exterioridades engañosas, pero sin ningún fruto.

También Jesús les dió a sus discípulos una lección de fe. Cuando ellos se maravillaron de que la higuera se había secado tan pronto él les dice: "De cierto os digo, que si tuvieseis fe y no dudareis, no sólo haréis esto de la higuera, mas si a este monte dijereis: quítate y échate en el mar, será hecho" (Mat. 21 : 21-22).

2. LIMPIEZA DEL TEMPLO — Marcos 11 : 15-18; Lucas 19 : 45-48.

La condición religiosa del pueblo judío había sufrido muchos cambios durante su historia. La influencia de muchos de sus gobernantes que a menudo se olvidaban de los preceptos divinos, para hacer alianza con tribus paganas, introduciendo en el servicio divino prácticas contrarias al monoteismo; las invasiones de otras razas, y otros factores sociológicos que sería prolijo enumerar, hicieron que en determinadas épocas se notara alguna decadencia en la práctica del culto que se tributaba al verdadero Dios.

En este tiempo en que Jesús hizo la limpieza del Templo, seguramente se notaba la ausencia de ese fervor religioso que había caracterizado al pueblo hebreo en los tiempos de David y Salomón.

En los atrios del Templo se había establecido un negocio bastante lucrativo con la mira aparente de proporcionar algunas facilidades a los que venían a ofrecer sacrificios. Allí se traían animales que eran vendidos a los que entraban al templo y se cambiaban las monedas extranjeran por la nacional.

Seguramente este rumor de voces penetraba hasta el interior del Templo, interrumpiendo la solemnidad de los servicios religiosos cuando Jesús actuando enérgicamente desalojó a los mercadores diciendo: "Mi casa, casa de oración será llamada y vosotros la habéis hecho cueva de ladrones". Estas palabras resonaron por todos los ámbitos con tal mejestad que hasta sus más encarnizados enemigos enmudecieron.

¡Qué lección tan bella nos da Jesús en cuanto a la santidad y reverencia que debe observarse en el Templo, el cual solamente debe usarse para fines del culto a Dios.

También recordamos las palabras del apóstol Pablo cuando decía que nuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo y que por lo tanto deben guardarse libres de contaminación.

3. LOS GRIEGOS — Juan 12 : 20-23.

Entre los que habían llegado para asistir a la fiesta había un número de griegos que expresaron a algunos discípulos de Jesús los deseos que tenían de ver al Maestro. Hasta su lejano país habían llegado también las nuevas de las maravillas y enseñanzas de Jesús, y ellos quisieron conocerle personalmente. En este momento empezaron a cumplirse aquellas proféticas palabras: "Tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también me conviene traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño y un pastor" (Juan 10 : 16).

4. UNA PREGUNTA DE LOS JUDIOS—Mateo 21 : 23-27; Marcos 11 : 27-33; Lucas 20 : 1-8.

Los príncipes de los sacerdotes pensando seguramente en la actitud que había asumido Jesús con respecto a los que vendían y cambiaban monedas en los atrios del templo, le preguntan con cuál autoridad hacía esas cosas. Jesús contesta haciendo al mismo tiempo otra pregunta: "El bautismo de Juan ¿era del cielo o de los hombres?" Como ellos se negaron a contestarla, Jesús tampoco dió contestación a su pregunta.

5. PARABOLAS — Mateo 21 : 28-46.

Las parábolas que se consignan en estos pasajes hacen alusión a la actitud que el pueblo judío había observado con respecto a las enseñanzas del evangelio. En la de las bodas al rey, vemos una cariñosa invitación despreciada, que es extendida después al mundo gentil. En la parábola de los Labradores malvados Jesús pinta magistralmente un cuadro de las persecuciones de los profetas, terminando con la muerte del Hijo de Dios.



"María Ungiendo a Jesús para su Sepultura"

III. MARTES

1. PREGUNTAS DIFICILES

(a) *El tributo*—Mateo 22 : 15-22; Marcos 12 : 13-17; Lucas 20 : 21-24.

Los doctores de la ley se ofendieron mucho con las parábolas anteriores, las cuales consideraron como una crítica muy fuerte a las actuaciones del pueblo hebreo y decidieron entonces agotar sus recursos dialécticos presentando a Jesús varias preguntas difíciles; con el propósito de que él cometiera algún error legal y conseguir así alguna evidencia para formularle una acusación formal, ante las autoridades eclesiásticas o civiles.

La primera pregunta: "¿Es lícito dar tributo a César o no?" está hecha en forma de un dilema. Si contestaba en la afirmativa, entonces la acusación tendría como objeto presentarle como un traidor a la patria, un enemigo de su pueblo.

Si respondía que no debía darse tributo al César, entonces la situación era más comprometida; porque se ponía frente al gobierno del imperio y sería juzgado como un demagogo, un revolucionario.

Pero Jesús, con una sabiduría que solamente del cielo podía recibir, pidió que le mostraran una moneda que tenía la efigie del César y respondió tranquilamente: "Dad a César, lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios." Palabras monumentales que han servido como base para señalar las fronteras de la iglesia y del estado, de lo secular, y lo espiritual, las cuales no deben confundirse, sino mantener separados sus respectivos campos de actividad.

(b *La resurrección*—Mateo 22 : 22-33; Marcos 12 : 18-27.

Entre los judíos había dos sectas de ideas antagónicas en cuanto a la resurrección: los saduceos que negaban la existencia del espíritu, de los ángeles y la resurrección siendo prácticamente materialistas, y los Fariseos que creían en la resurrección, en la existencia del espíritu y en la inmortalidad.

Los saduceos quisieron probar su suerte para confundir a Jesús y le presentaron el problema de la mujer, que, de acuerdo con la ley se había casado sucesivamente con los siete hermanos. De cual de ellos sería esposa cuando resucitasen?

Jesús le respondió que la condición de vida en la resurrección era muy diferente, siendo un estado de bienaventuranza como el de los ángeles y que por lo tanto no se daban en matrimonio. Así hizo que enmudecieran también los saduceos que pensaron que iban a salir victoriosos en su tentativa.

(c) *El más grande mandamiento* — Marcos 12 : 21-34.

Habiendo tantos preceptos en las Sagradas Escrituras un doctor de la ley le hizo la pregunta a Jesús que ¿cuál era el más grande mandamiento? y Jesús le responde: "Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de toda tu mente, y de todas tus fuerzas; este es el principal mandamiento. Y el segundo es semejante a él: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que éste."

(d) *La pregunta de Jesús* — Mateo 22 : 41-46; Marcos 12 : 35-37.

Después que todos los enemigos de Cristo hubieron agotado el recurso de sus sofismas, Jesús les hace la siguiente pregunta: "¿Qué os parece del Cristo? ¿de quién es Hijo?" Dícenle: "De David." Entonces Jesús les dice: "¿Pues cómo David en Espíritu le llama Señor, diciendo: 'Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, entre tanto que pongo a tus enemigos por estrado de tus pies?' Pues si David lo llama Señor, ¿Cómo es su Hijo?"

Y nadie le podía responder palabra; ni osó alguno desde aquel día preguntarle más.

2. OFRENDA DE LA VIUDA — Marcos 12 : 41-44; Lucas 21 : 1-4.

Estando sentado Jesús delante del arca de las ofrendas, observaba cómo el pueblo iba echando dinero allí. Venían los ricos y daban grandes cantidades. Vino una pobre viuda y dió dos blancas que era todo lo que tenía. Entonces Jesús llama la atención a los discípulos diciendo: que aquella pobre mujer había dado más que todos aquellos ricos; porque esos habían dado de lo que les sobraba, mientras que la viuda había dado con sacrificio, pues aquellas dos blancas era lo que tenía para su alimento.

3. DISCURSO CONTRA LOS FARISEOS — Mateo 23; Marcos 12 : 38-40; Lucas 20 : 45-47.

Después de ser atacado con verdadera furia por sus enemigos y habiéndoles reducido a la impotencia, llegó entonces a Jesús, el turno de la ofensiva, para desenmascarar y presentar escueta ante la historia, la personalidad de aquellos fariseos, saduceos, escribas y doctores de la ley.

Ni las célebres "filípicas" de Demóstenes contra Filipo, rey de Macedonia, ni las renombradas "catilinarias" de Cicerón contra su odiado rival en el senado Romano, Catilina, pueden ponerse en parangón con el discurso de Jesús contra los fariseos. Los primeros (Aristóteles y Cicerón) eran hombres como aquellos a quienes atacaban, con más o menos defectos, que luchaban como rivales en la vida.

Pero aquí vemos al Cordero sin mancha, a quien no guiaba ningún interés mercenario, señalando la podredumbre de los corazones humanos que se escondía tras el velo de un ritualismo hipócrita, que pronto iba a desmoronarse. Es el índice acusador señalando a aquellos que siendo los mentores de la justicia, eran los hombres más injustos de la tierra. La equidad divina no podía permanecer impasible ante tanto atropello, sino que tenía que denunciar

y condenar sus actuaciones malévolas, para que sirviera de escarmiento a todas las generaciones.

En síntesis vamos a señalar algunos de los defectos de esos hombres según los describe Jesús en su profunda plática.

Los fariseos "decían y no hacían". Es decir: eran amigos de la teoría, pero no de la práctica. Podían tener muy bellos propósitos, pero nunca se veían realizados.

"Ponían cargas sobre otros pero ellos no las llevaban." Las responsabilidades de la vida ya en el orden religioso o en cualquiera otra forma, hacían que recayeran sobre las otras personas, pero ellos evadían con astucia la parte que les correspondía.

"Hacían sus obras para ser mirados de los hombres." Sus actuaciones no tenían como mira agradar a Dios. Lo que deseaban era el aplauso de las multitudes, la popularidad ficticia, el aplauso por lo que ellos pensaban que eran buenas.

"Y amaban los primeros asientos en las cenas y las primeras sillas en las sinagogas y las salutaciones en las plazas y ser llamados de los hombres Rabí, Rabí." Como ellos se consideraban "el grupo selecto", todo lo mejor lo querían para ellos: los honores, los privilegios, y las distinciones. Los demás no tenían derecho a nada; a pesar de ser mejores que ellos, eran considerados como parias, como pródigos, mirados con desprecio, relegados al olvido, si sobra algo, que les den de las migajas.

"Cerraban el reino de los cielos delante de los hombres". Eran piedras de tropiezo en la vida religiosa. Ni ellos entraban en el reino pero tampoco dejaban entrar a otros.

Decían: "que jurar por el templo o por el altar no era nada, pero que el que juraba por el oro del templo o por el presente era deudor." Es decir daban siempre énfasis a lo de menor importancia.

"Diezmaban la menta, el eneldo y el comino, pero se olvidaban de lo más importante: el juicio, la misericordia, y la fe." Es decir ellos cumplían con lo que era más fácil

en la ley, pero olvidaban lo más espiritual.

"Colaban el mosquito y se tragaban el camello". Se fijaban en cosas insignificantes en las vidas de los otros y pasaban por alto hechos de más importancia cuando se refería a su conducta.

"Limpiaban lo que estaba fuera del vaso, pero dentro estaba lleno de suciedad." Ellos se cuidaban de la apariencia externa de la vida, aunque lo interno, los sentimientos, el corazón estuviesen corrompidos.

"Eran sepulcros blanqueados." Pretendían aparecer a los hombres, justos, religiosos y buenos, pero todo era hipocresía, porque estaban llenos de impureza y maldad.

"Edificaban los sepulcros de los profetas y adornaban los monumentos de los santos." No obstante ellos reconocían que sus padres habían sido los que martirizaron a esos que ahora ellos querían honrar.

El tipo representativo del fariseo, en cualquier época de la historia que se presente, se hallará igualmente flagelado por este célebre discurso de Jesús, cuyas normas en la tierra fueron siempre la justicia, la misericordia, el amor, la humildad y el servicio para con todos los hombres.

4. SERMON PROFETICO — Mateo 24; Marcos 13; Lucas 21 : 5-38.

Al salir del Templo, los discípulos de Jesús se mostraban admirados al contemplar aquella hermosa obra arquitectónica, que por su firmeza parecía desafiar el embate de los siglos, pero para asombro de ellos, su Maestro les dijo que llegaría el tiempo en que no quedaría allí piedra sobre piedra, profetizando de este modo la destrucción de Jerusalem y haciendo alusión también a su segundo advenimiento.

La primera parte de las predicciones se cumplió el año 70 A. D. cuando el general romano Tito, al mando de un poderoso ejército, sitió a Jerusalem, destruyendo completamente el hermoso Templo y asolando la ciudad.

La última parte del discurso que se refiere al segundo advenimiento, sabemos que como todas las demás profe-

cías habrá de cumplirse a su tiempo, porque Jesús dijo: "La tierra y el cielo pasarán, pero mis palabras no pasaran," dando así a entender que sus palabras tendrán exacto cumplimiento.

5. PARABOLAS — Mateo 25 : 1-30.

(a) *Las diez vírgenes* — Mateo 25 : 1-13.

En la parábola de las diez vírgenes se recalca la necesidad de una preparación espiritual para poder afrontar con serenidad los postreros acontecimientos a que se hace referencia en las anteriores predicciones tocante al fin del mundo.

La humanidad se considera dividida en dos grandes grupos. Las cinco vírgenes prudentes representan a los que están listos para cualquier emergencia. Las cinco fatuas representan a aquellos que no están preparados para entrar en el gozo, en la alegría de los redimidos cuando Jesús venga con poder y gloria el último día.

(b) *Los talentos* — Mateo 25 ; 14-30.

Esta parábola nos enseña a hacer buen uso de los dones y facultades que Dios nos ha dado. El buen uso de esas facultades nos dará mejores oportunidades en la vida, no solamente en el orden espiritual, sino también en las otras esferas de actividades.

Somos responsables ante Dios, quien nos pedirá cuenta exacta del empleo que en la vida hemos hecho de los dones que El nos ha dado. Si los hemos empleado para hacer el mal, recibiremos la recompensa adecuada, y si para el bien, el premio a que tiene derecho la fidelidad.

IV. MIERCOLES

EL RETIRO EN BETANIA

No se menciona ninguna actividad que Jesús realizara durante el día del miércoles y es la creencia general que pasó dicho día en la aldea de Betania donde vivía Lázaro a quien había resucitado, y sus hermanas Marta y María.

Después de los prolongados debates que sostuvo con sus enemigos durante el día del martes, era necesario para Jesús este día de descanso para volver el jueves a tener un día de gran actividad y sufrir emociones más violentas.

Este día de la Semana Santa, ha sido generalmente usado en las Iglesias Evangélicas para dar énfasis a la influencia bienhechora que tienen las enseñanzas de Jesús en el hogar.

Cuando dirigimos una mirada escrutadora al panorama sombrío que presenta la sociedad actual, en que parece que los valores espirituales están relegándose al olvido; cuando advertimos que la plaga del divorcio hace bambolear centenares de hogares; cuando vemos el cuadro pavoroso de una niñez desvalida que se va precipitando a los abismos del vicio, entonces palpamos la necesidad de más religión cristiana en los hogares, no de una religión de fórmulas externas solamente, sino aquella que transforma la vida, los ideales y los sentimientos del corazón humano.

¡Ah! si Jesús fuera siempre el huésped invisible en todos los hogares! Entonces el ángel de la felicidad batiría sus áureas alas sobre la familia, siendo el hogar un verdadero oasis en el desierto del mundo, un refugio seguro contra las tempestades de la vida.

Entonces las disensiones no se entronizarían dividiendo muchas veces a la familia en facciones enemigas, porque

Jesús es el Príncipe de la paz y donde él mora no puede haber guerra; las penas no podían perdurar; porque Jesús nos señala el camino de la esperanza y del optimismo, y en las horas del infortunio y de la soledad, está con nosotros como el amigo sincero y el sabio consejero. Y las inquietudes del porvenir, que a veces hace turbar tanto los corazones, se esfumarían, porque habría una confianza plena en la Providencia de Aquel que viste los lirios y alimenta las aves y que no puede abandonar a sus creaturas a las cuales dió su propia imagen. El pecado en todas sus formas no podría hacer la aparición donde mora Aquel que no conoció pecado, marcando un derrotero de pureza y santidad.

La religión de Jesús entronizada en cada hogar sería una garantía para la estabilidad de la sociedad y una pauta segura para el progreso espiritual y material de las naciones.



"Jesús de visita en casa de María y Marta"

V. JUEVES

1. CELEBRACION DE LA PASCUA — Mateo 26 : 17-25; Marcos 14 : 12-21; Lucas 22 : 17-20; Juan cap. 13.

Todas las naciones tienen en sus anales históricos efemérides gloriosas, que a veces marcan la iniciación de una nueva era en la vida de aquel pueblo, y cuyo paso de avance fué el precio de muchos sufrimientos y penalidades y hasta el derramamiento de la sangre de sus hermanos patriotas.

Estas fechas son generalmente celebradas con inusitado entusiasmo y ardor patriótico, tratando cada generación de sobrepasar a las anteriores en la manifestción de sus sentimientos patrios.

El pueblo hebreo celebraba como su gran fiesta nacional la Pascua, rememorando aquel día en que fueron libertados de su esclavitud en Egipto. Esta celebración hacía revivir el fervor patriótico en el corazón de los judíos, al pensar en las grandezas del pasado y en las manifestaciones del poder divino con respecto a su país a través de los siglos.

Jesús y sus discípulos, fieles cumplidores de los deberes para con su patria, se disponían a celebrar con toda solemnidad tan magna fiesta, siguiendo el ritual establecido por la ley.

Aquella Pascua era la última que había de celebrar Jesús con sus discípulos. Aquellos hombres que durante tres años habían compartido con su Maestro los días felices de una comunión divina; que le habían acompañado en sus jornadas misioneras a través de los campos y las aldeas sembrando en los corazones la bendita simiente del reino de los cielos; que le habían visto levantar

de la tumba a los muertos y calmar las furias de los elementos desencadenados de la naturaleza; y que habían sentido en sus propias vidas la influencia de aquella personalidad celestial, les dominaba en esta noche una emoción indefinible, porque ya Jesús les había indicado la trascendencia de los acontecimientos que se aproximaban.

Hay en el cenáculo un ambiente triste de despedida. Por eso cuando Jesús les declara que uno de ellos había de entregarlo se deja sentir una conmoción espiritual entre ellos. Se miran unos a otros dudando de que allí, en presencia del amado Jesús, se encontrara uno que pudiera traicionarle. Les parece terrible ese pensamiento y cada uno procura escudriñar los secretos arcanos de la conciencia de su compañero.

"¿Seré yo, Maestro?" Era una pregunta que con tristeza se oía. Pero no hubo que esperar mucho tiempo para que Jesús mismo señalara al traidor en la persona de Judas Iscariote, el tesorero del grupo. Era el mismo que había murmurado de la pérdida del ungüento, cuando Jesús fué ungido en la casa de Simón el leproso. Su amor al dinero le iba a conducir al abismo insondable de la perfidia y del crimen. Inmediatamente Judas salió del local, perdiéndose en las sombras de la noche para ir a consumar su obra nefanda (Juan 13 : 30).

2. INSTITUCION DE LA SANTA CENA—Mateo 26:26-29; Marcos 14 : 22-25; Lucas 22 : 17-20.

Después de la celebración de la Pascua, Jesús instituyó la Santa Cena.

El pan y el vino eran los elementos simbólicos de su carne y sangre que pronto iban a ofrecerse en holocausto en el Calvario por los pecados de la humanidad.

Las palabras del Salvador cuando dice "Todas las veces que comiereis este pan y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que venga," presentan el aspecto conmemorativo de la ordenanza, la cual había de celebrar la Iglesia Cristiana como recuerdo de su obra expiatoria.

Los obeliscos, las estatuas, los monumentos, recuerdan el paso de muchos hombres por el campo de la Historia, pero Jesús no dejó nada material para perpetuar su memoria. Pero cuando los creyentes a través de los siglos y en distintos países y latitudes se reunieran para participar de la santa Comunión, unidos por los vínculos indisolubles del amor y de la paz; ese hecho constituiría el más sagrado monumento levantado en cada corazón, inaccesible a los cambios introducidos en todas las cosas humanas por las leyes inmutables de la naturaleza.

3. CONSOLANDO A SUS DISCIPULOS—Juan, capítulos 14 al 16.

Aún en la última noche en que Jesús estuvo en compañía de sus discípulos, se mostró siempre listo a ayudarles con sus enseñanzas y consejos. El evangelista Lucas nos cuenta que hubo una discusión entre ellos sobre cuál sería el mayor en el Reino de los cielos, pero Jesús inmediatamente les muestra la senda de la humildad y les quita de la mente toda idea de superioridad y orgullo. Juan nos presenta a Jesús inmediatamente después de la cena, lavándoles los pies para darles una lección con respecto al servicio.

El mismo apóstol, que tenía una visión espiritual más dilatada que sus compañeros, y una mente más abierta para recibir las más sublimes inspiraciones de la vida, nos lega en su evangelio todas las enseñanzas consoladoras que vertió el Maestro en el corazón de sus amados discípulos, antes de salir al jardín de Getsemaní.

En toda la literatura que ha producido la humanidad no se halla nada que sirva de tanto lenitivo a las penas de la vida como los capítulos 14 al 16 del evangelio de San Juan.

El Espíritu infinito que interpreta las limitaciones, las inquietudes, los tristes presentimientos del alma humana, que cual pobre barquilla se considera dejada a la ventura en el proceloso mar de la existencia, derramaría sobre aquellos corazones el bálsamo del consuelo que les ayu-

daría a afrontar las nuevas responsabilidades de la vida, en que serían colocados, como mensajeros de la buena nueva de salvación.

¡Con cuánta maestría va preparando aquellos hombres para que hagan frente a la gran batalla que se avecinaba! "No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo." "No os dejaré huérfanos." "Voy a preparar lugar para vosotros". Cada frase les descubre nuevas posibilidades y les presenta nuevas fuentes de consuelo, en aquella hora aciaga de la despedida.

Les muestra el camino para ir al Padre, el cual era él mismo y también la Verdad y la Vida.

Les muestra la seguridad de ser oídos del Padre en todas las cosas que le pidieran.

Les da la promesa del Consolador que estaría con ellos para siempre inspirándoles y revelándoles la verdad, recordándoles todas las enseñanzas que habían escuchado de Jesús.

En la parábola de la vid y los pámpanos les enseña que habían de mantener una relación espiritual muy estrecha con El para que así pudieran sus vidas producir buenos frutos.

No les deja ignorantes de las persecuciones que sufrirían por su causa, pero también no estarían huérfanos de protección.

La oración intercesoria es uno de los pasajes más patéticos de la Biblia, cuando el Hijo se dirige al Padre, dándole gracias por aquellos que le había dado y ruega, "que no los quite del mundo, pero que les guarde del mal". Ora por la unidad de los creyentes, y por los que habían de creer por la palabra de ellos.

4. GETSEMANI — Mateo 26 : 30-46; Marcos 14 : 26-42; Lucas 22 : 39-46; Juan 18 : 1-2.

Después de las últimas palabras de consolación (Juan 18 : 1), salieron al huerto de Getsemaní, el cual quedaba a muy corta distancia de Jerusalem. En este paraje solitario acostumbraba Jesús venir con sus discípulos,

lejos de bullicio de la ciudad para hablar de las cosas del cielo, y, fué seguramente desde aquí, cuando una noche contemplando a Jerusalem bañada por los fulgores plateados de la luna se lamentó diciendo: "Jerusalem, Jerusalem, que matas a los profetas y apedreas a los que son enviados a ti, ¡cuántas veces quise recoger tus hijos como la gallina recoge sus polluelos bajo el ala y no quisiste!"

Esta vez no hay un ambiente de alegría en el huerto; parece que todo está envuelto en un velo funerario, los árboles se destacan como siluetas misteriosas y de las frondas emergen susurros lúgubres, como anuncios de tragedia.

Jesús toma aquellos tres discípulos, Pedro, Santiago y Juan, que siempre le habían acompañado en sus escenas más íntimas de la vida ministerial, y se retira para orar.

La verdadera agonía había empezado. Un evangelista nos dice que su sudor era como gotas de sangre. Una lucha intensa, profunda, indefinible que no pueden comprender las limitaciones de nuestra mente, se libraba allí. Era el momento más crítico del ministerio de Jesús. De acuerdo con las palabras de su oración, que son éstas:

"Padre, si es posible que pase de mí esta copa no como yo quiero sino como tú quieres", podemos apreciar algo cuál era la naturaleza de ese gran conflicto.

¿Podría efectuarse la redención del mundo no pasando por el camino del Calvario? Una de las tentaciones del desierto, cuando Satanás le dijo a Jesús que se lanzara de las almenas del Templo, tenía como objeto hacerle abandonar el camino que le trazara el Padre en su obra de humillaciones y sacrificios y que usando otros medios se ganara la simpatía de las multitudes y las atrajera usando formas espectaculares.

En otra ocasión quizás Satanás usó las mismas multitudes, cuando después del milagro de la multiplicación de los panes y los peces, quieren hacerle rey, pero Jesús en ambas ocasiones rechaza enérgicamente la tentación, siguiendo la trayectoria que en los propósitos divinos le había sido trazada.

Ahora cuando ya está en los umbrales del sacrificio, su oración demuestra la firmeza granítica de su alma cuando se somete completamente a la voluntad del Padre. No hay miedo, ni vacilación, como algunos comentadores han querido insinuar, al tratar de describir la escena del Getsemaní. Lo que se ve es una voluntad completamente dispuesta a obedecer a Dios sin reservas de ninguna clase.

Cuando viene donde estaban sus discípulos les encontró dormidos. ¡Qué frágil es la naturaleza humana! No habían podido velar con él una hora! El cansancio físico y las profundas emociones que habían sufrido les tenían completamente agotados.

Les da una nueva oportunidad para que se pusieran en guardia contra la tentación y vuelve de nuevo a orar, y, cuando regresa nuevamente los encuentra dormidos, diciéndoles entonces que ya podían descansar. La tempestad pasó sin dejar ninguna huella. La victoria fué completa. Estaba preparado para hacer frente a los acontecimientos que pronto iban a desarrollarse.

5. EL ARRESTO. — Mateo 26 : 47-57; Marcos 14 : 43-50; Lucas 22 : 47-54; Juan 18 : 3-12.

Judas Iscariote, que había salido del cenáculo, al señalarle Jesús como el traídor, había ido hacia los príncipes y los sacerdotes para ultimar los preparativos de la entrega, hizo su aparición en el huerto acompañado de una turba armada con palos, lanzas y los alguaciles llevando las órdenes pertinentes del arresto de Jesús.

La señal convenida por Judas era un beso, con el cual selló la traición de su Maestro. No hay nada en la Historia que muestre más vileza que esta acción de Judas, la cual ha servido para señalar a todos los traidores de todas las épocas con el nombre de ese discípulo que se olvidó de la gratitud y del compañerismo en las escuelas de los apóstoles.

Jesús frente a ellos impertérrito, con majestad divina les hace la pregunta "¿A quién buscáis?" Ellos le contestan: "A Jesús Nazareno". Y al responder El: "Yo soy",

todos caen al suelo, como heridos por un rayo. Aquellos que venían llenos de maldad y de miseria no podían resistir el resplandor de pureza y santidad que dimanaba de Jesús.

El impetuoso Pedro hizo uso de una espada para defender a su Maestro, pero Jesús impidió el uso de la fuerza, porque como ya El había anunciado, "su reino no era de este mundo". Así que se sometió voluntariamente a sus enemigos en cumplimiento de las profecías.

6. NEGACION DE PEDRO — Mateo 26 : 6-75; Marcos 14 : 66-72; Lucas 22 : 55-62; Juan 18 : 15-18; 25-27.

Aquel discípulo que hizo tantas promesas de fidelidad a su Maestro, aquel que dijo que arrostraría hasta la muerte cuando llegara el momento crítico de la prueba, cuando Jesús es llevado prisionero, le sigue "de lejos". Aquella valentía principia a flaquear y termina por negarle tres veces en presencia de sus enemigos, según Jesús le había anunciado que esa misma noche antes que el gallo cantara lo negaría tres veces.

La última vez que Pedro negó a Jesús, éste le dirigió una mirada que penetró profundamente en la conciencia del apóstol. Fué una mirada compasiva, que disipó las densas tinieblas de su alma, y recordando en este momento sus votos de fidelidad que había hecho, salió fuera y lloró amargamente, con lágrimas de verdadero arrepentimiento.

VI. VIERNES

1. EL JUICIO DE JESUS — Mateo 26 : 59-68; 27 : 1-2; 11-26; Marcos 14 : 53-64; 15 : 1-15; Lucas 22 : 66-71; 23 : 1-25; Juan 18 : 13-19 : 16.

Como una de las más grandes anomalías de la Historia, contemplamos al Justo, Aquel que nunca había cometido pecado, bajo un terrible proceso compareciendo ante los tribunales corrompidos de los hombres.

El juicio de Jesús tiene dos aspectos principales: el eclesiástico y el civil.

El ecelesiástico estaba bajo la juridicción del Sanedrín, compuesto por setenta jueces, que era el gran tribunal de los judíos. Todas las acusaciones que hacían referencia a la ley de Moisés y los profetas, tenían que ser juzgadas por este cuerpo jurídico, y de acuerdo con sus estatutos podían imponer la pena de muerte.

Pero como la nación estaba bajo la soberanía del Imperio Romano, cualquier sentencia del Sanedrín tenía que ser revisada por el tribunal civil, que estaba presidido por el representante legal del Imperio, que en esa ocasión era Poncio Pilatos.

La vista del caso ante el tribunal eclesiástico fué muy rápida. Algunos testigos falsos que se presentaron y algunas palabras que pronunciara Jesús, fué lo suficiente para emitir un veredicto condenatorio. Este juicio empezó el jueves por la noche, inmediatamente después del arresto.

Como la evidencia presentada ante el Sanedrín era muy débil, cuando le presentaron a Pilatos para que les confirmara la sentencia de muerte que habían dictado contra Jesús, trataron de buscar pruebas adicionales que

presentaran a Jesús como que estaba conspirando contra la autoridad del César.

Pilatos estudió detenidamente el caso y llegó a la conclusión de que Jesús no era digno de muerte. Aparentemente hizo todo lo posible por evitar el fallo final. Quiso evadir su responsabilidad enviándolo a Herodes, quien tampoco le condenó. Siendo Pilatos fuertemente presionado por las autoridades judaicas y viendo amenazada su posición política, si era acusado a Roma, lavándose las manos, entregó a Jesús para ser crucificado.

Se puede decir que en el juicio de Jesús se violaron todas las normas jurídicas establecidas, porque no hubo la verdadera imparcialidad por parte de los jueces; hubo fraude en la presentación de los testigos y se negó el derecho a su defensa que tiene todo acusado, y en cuanto a las horas reglamentarias para reunirse el tribunal, no se observó en el juicio de Jesús la costumbre establecida, que prohibía celebrar sesiones durante la noche.

2. LA CRUCIFIXION — Mateo 26 : 27-56; Marcos 15 : 20-41; Lucas 23 : 26-49; Juan 19 : 17-37.

Pilatos, hombre de carácter débil cedió por último a las amenazas que le hacían los príncipes de los judíos y le entregó a Jesús para ser crucificado, echando sobre ellos la responsabilidad de la muerte de un inocente. Impasibles aceptaron las palabras de Pilatos, exclamando: "Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos", sellándose así para siempre la suerte de la desgraciada nación deicida.

La muerte en la cruz estaba en boga en este tiempo de los Césares, pero era generalmente aplicada a los criminales más empedernidos. Así que al seleccionar este patíbulo para Jesús, era considerado como un réprobo sin que la estela de bien y grandes obras, que dejaba a su paso, sirviera de atenuante para modificar en alguna forma el modo en que había de cumplirse el veredicto condenatorio. Mas aún, coincidiendo al mismo tiempo el ajusticiamiento de dos famosos bandoleros, que habían

sembrado el pánico en el país con sus hazañas sanguinarias y nefandas, se pretendió denigrar más a Jesús colocándolo a sufrir el suplicio en medio de ellos.

El Calvario era una prominencia que se levantaba en las afueras de Jerusalem, cuya configuración topográfica semejaba una calavera. Ese fué el sitio escogido para levantar el patíbulo.

Era la costumbre que los ajusticiados llevaran su propia cruz hasta el lugar de la ejecución. En el caso de Jesús, su constitución física que al parecer no era muy resistente, unido al mal trato y los azotes que había recibido desde su arresto, hicieron que no tuviese las fuerzas necesarias para cargar con el pesado madero, y, entonces las autoridades obligaron a un tal Simón Cireneo que le ayudase a llevar la cruz, compartiendo así con Jesús las fatigas de la vía dolorosa.

Al llegar al Calvario levantaron tres cruces y en la de en medio enclavaron a Jesús. Una multitud abigarrada y sedienta de sangre se arremolinaba alrededor de la cruz. Allí había príncipes, escribas, fariseos, sacerdotes, soldados y oficiales del ejército imperial y pueblo en general. Se decían blasfemias, insultos, palabras soeces, en fin todas las manifestaciones del odio del corazón humano hallaban allí su máxima expresión.

Solamente algunas de las mujeres entre las que se encontraba María la madre de Jesús, y Juan el discípulo amado eran desde lejos espectadores silenciosos de aquella trágica escena, que cual espada acerada traspasaba sus sensibles corazones. Los demás compañeros, llenos de miedo huyeron a la ciudad.

El que era sometido al suplicio de la cruz sufría una cruel agonía que se prolongaba a veces muchos días. Bajo la inclemencia del tiempo, su sangre iba fluyendo paulatinamente por las heridas hasta quedar completamente exhausto, sufriendo los efectos de la fiebre, del hambre, de la sed y todos los demás trastornos fisiológicos que tan inhumano castigo acarreaba al ajusticiado.

En los momentos solemnes de la muerte, es cuando el al-

ma revela sus grandezas y debilidades. Los espíritus nobles y elevados desaparecen del escenario de la vida, como el sol derramando luz; iluminando con sus postreros resplandores las páginas de la Historia. Así Jesús al morir nos revela su grandeza desde el punto de vista humano y también manifiesta su divinidad. En sus últimos pensamientos vertidos desde la cruz, (que se llaman las "siete palabras") se nos ofrece la oportunidad de penetrar en su vida gloriosa y quedamos deslumbrados al ver siempre su amor infinito, para con la humanidad, su mansedumbre y su augusta serenidad.

PRIMERA PALABRA: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen* —Lucas 23 : 34.

Estando ya clavado en la cruz, los enemigos de Cristo aún le persiguen y se regocijan en la cruel y lenta agonía del Señor. Palabras injuriosas, imprecaciones, retos a que bajara de la cruz, si realmente era el Hijo de Dios, brotaban de muchos labios que deberían mejor bendecir y alabar a Aquel que voluntariamente daba su vida por el pecador. Jesús, que en su vida solamente había proferido palabras de amor, ahora solamente oía resonar en sus oídos exclamaciones de odio y venganza.

Teniendo todo el poder Aquel que había hecho surgir la vida de la muerte, cuando a su mandato poderoso los muertos resucitaban; que calmó con una sola palabra las furias de los elementos en el mar de Tiberiades; que con dos panes y tres peces dió de comer a multitudes inmensas; que todas las imposibilidades físicas las desvanecía al conjuro de su palabra divina; si hubiera deseado la venganza, con fuego del cielo hubieran sido barridas todas aquellas multitudes que le denostaban.

Pero la palabra que en tan crítica situación pronunciaron sus labios fué *Perdón*. No se puede bosquejar en el débil lenguaje humano esta actitud tan sublime del Salvador. El alma humana casi siempre llena de sombras, de rencores, de envidias, que contempla en el horizonte un campo de luchas, de antagonismos, de rivalidades,

cuando los fúlgidos resplandores se eclipsan al penetrar en una atmósfera llena de miasmas bélicas, casi no puede sondear, sólo abismarse en el remanso tranquilo de un espíritu, que, cuanto más perseguido, más injuriado, eleva una plegaria al Padre, pidiendo misericordia y perdón para aquellos que le maldecían.

Era siempre el Dios misericordioso que desde la cruz derramaba los dulces efluvios de su ternura infinita.

La plegaria que en estos momentos eleva Jesús a su Padre es la manifestación más bella del tesoro de su bondad. Perdón, cuando la crueldad era más refinada, perdón, cuando no había una palabra de compasión de parte del hombre.

Corazones endurecidos como rocas graníticas, no se estremecieron al oír aquella oración que como un perfume divino se elevaba hasta los cielos.

¡Bendita enseñanza que desde la cruz nos da Jesús! Si él siendo tan justo, santo y poderoso pudo perdonar, así también nosotros debemos perdonar a nuestros enemigos.

SEGUNDA PALABRA: *De cierto te digo, que hoy mismo estarás conmigo en el paraíso* —Lucas 23 : 43.

Para mayor escarnecimiento, la cruz de Cristo se levantó entre las de dos criminales. Estos dos hombres habían seguido la senda de la maldad, destruyendo el sociego de muchos hogares y arrebatando la vida a muchos seres inocentes. La sociedad ultrajada iba a tomar venganza de sus fechorías aplicándoles la última pena.

El camino de la vida de estos desgraciados había sido tenebroso, como la noche bajo cuya protección cometían sus crímenes.

La senda recorrida por Cristo era luminosa: había sembrado la semilla del amor en muchos corazones, levantando las almas caidas. Era un obrador del bien, la paz y la justicia. Pero ahora, por una de esas raras coincidencias de la vida, y para el cumplimiento de la profecía, expiraba entre dos ladrones que habían seguido un camino tan opuesto al suyo.

Uno de aquellos malhechores, unía su voz a la de la muchedumbre impía y lanzaba retos al Hijo de Dios, para que en estos momentos críticos demostrara su divinidad descendiendo de la cruz y salvándoles a ellos también.

En el ladrón de la derecha se había operado una transformación psicológica. Al contemplar la serenidad de Jesús en presencia de la muerte, y su actitud hacia los que le maldecían, llegó a la conclusión, que era un hombre diferente a los demás, que era justo y divino. La aureola de santidad y de gloria hirió al alma del miserable ladrón, ennegracida por el pecado. Comprendió su maldad, que estaba condenado por la justicia de la tierra y del cielo y sintió la necesidad del arrepentimiento acercándose al Salvador. Reprendió duramente al compañero de sus desgracias y extendió los brazos a Cristo implorando ayuda y protección.

Por eso muchos han considerado que en el Calvario se levantaron tres cruces que son representativas: la del centro; la de Jesús, representa la de la Redención. Así como los que miraron a la antigua serpiente de metal en el desierto eran curados, así también los que reconociendo sus pecados miran a Cristo para poner en El su confianza son salvos.

La cruz de la izquierda representa la Incredulidad, la duda, aquel que estando en las ciénegas del pecado, desprecia las nuevas de salvación, y estando a su alcance el remedio, vuelve la espalda y sigue en las sendas de la condenación eterna.

La cruz de la derecha representa la del Arrepentimiento. Aquel que estando perdido mira a Cristo y le acepta como su Salvador. Aquel ladrón oye las palabras consoladoras: "Hoy estarás conmigo en el paraíso".

Ejemplo hermoso que demuestra de un modo elocuente, que aún la persona más mala tiene oportunidad para su salvación cuando llega con verdadera confianza y fe a Jesús, depositando a sus plantas todos sus sufrimientos y pecados.

La frase "hoy mismo" es muy significativa. Cristo no le dijo al ladrón que tenía que ir a un purgatorio, sino que inmediatamente estaría en el cielo. Si existiera el purgatorio, Jesús hubiera mandado a aquel hombre que era tan pecador a que se purificara allí. Esto demuestra que el alma que es redimida y salvada con la sangre de Cristo, no necesita nada ya de la tierra.

TERCERA PALABRA: *"Mujer, he ahí tu hijo, hijo he ahí tu madre"* — Juan 19 : 26-27.

María, la madre de Jesús, estaba derramando amargas lágrimas cerca de la cruz. Todo el amor y ternura de una madre, todo el cariño inconmensurable de aquel corazón herido se condensaban en aquellas lágrimas que eran como gotas de rocío que venían a refrescar el árido panorama del Calvario.

La naturaleza humana de Jesús se conmueve profundamente y el arpa de sus sentimientos da vibraciones de dolor al ver, a la madre amantísima desolada en aquella escena sombría.

Aquella buena mujer que "había guardado muchas cosas en su corazón", porque había observado en la vida de aquel hijo desde la infancia muchos enigmas que ella nunca había podido descifrar; que le había acompañado en sus cruzadas evangelizadoras a través de las aldeas y los campos, se encuentra su alma ahora traspasada por la espada del dolor más profundo.

Entre los judíos, el hijo primogénito era el que cargaba la responsabilidad del sostén de la familia después que el padre moría. José seguramente en este tiempo ya había fallecido, porque la Biblia no le menciona más en sus narraciones después que Jesús empezó su ministerio.

Así, pues, Jesús era el que representaba a María, y al morir él, quedaría sola en el mundo.

Por eso su amor filial se incendió, al ver con tristeza a la mujer que en su infancia risueña y florida pasada en Nazaret, "le había dormido con el eco blando de una balada de amor".

Vió también al lado de la cruz, a Juan, el discípulo amado, cuya fidelidad a su Maestro se había probado en todas las crisis, y dirigiéndose a María le señala a Juan diciendo: "Mujer he ahí tu hijo" y después le dijo a Juan: "Hijo, he ahí a tu madre." Y quedó María desde aquel momento bajo la protección del apóstol Juan.

Los sentimientos humanos de Jesús se revelan en esta patética escena. Vemos al hijo bueno y obediente, que en los instantes más dolorosos de la vida se acuerda de la madre adorada y su corazón late a impulsos del más acendrado amor. Juan, el discípulo predilecto, que le había acompañado en el monte de la transfiguración; que se había recostado en su pecho en la noche de la cena; que en el triste jardín de Getsemaní había orado con El, y María, formaban los lazos más fuertes de sus afectos terrenales. Y en su última hora, fué su deseo que esos dos seres queridos de sus recuerdos se protegieran mutuamente, como dos astros que al desaparecer el centro común de su gravitación, que era Jesús, buscan su equilibrio en ellos mismos comunicándose mutua fuerza.

CUARTA PALABRA: *"¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has desamparado?"*—Mateo 27:46; Marcos 15:34.

Desde las doce del día hasta las tres de la tarde, una tiniebla muy densa, envolvió el Calvario. No fué ún eclipse total del sol, porque en esa fecha la luna estaba en su plenilunio y esa clase de fenómenos sólo son posibles en el novilunio. Fué una obscuridad sobrenatural.

La naturaleza estupefacta de tanta ingratitud ocultó su hermosa faz; el sol negó sus vívidos resplandores; las avecillas enmudecieron en la enramada y un hálito de muerte lo invadía todo. Fué una nota luctuosa que en aquel fúnebre espectáculo dió la creación.

Había sombras en los espacios infinitos, sombras sobre la tierra y sombras en las almas.

Entonces Jesús con acento plañidero exclamó: "¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has desamparado?"

Este fué un momento supremo, indescriptible. La mente

humana se engolfa en esas profundidades insondables y tiene que admitir su impotencia, su limitación ante los secretos arcanos de la divinidad. En las tres primeras palabras vemos a Jesús, relacionado con la humanidad: sus enemigos, el ladrón, y su madre, (de Jesús), pero ahora el ruído mundanal queda muy lejos, y su mirada se vuelve a la eternidad. Hay una honda sima entre las impresiones del cielo y las de la tierra.

¿Qué tempestad azotaba ahora el alma de Jesús? ¿Le habría abandonado el Padre que desde *ab-aeterno* le había comisionado para venir al mundo y ofrecer su vida como sacrificio expiatorio?

Todos los sufrimientos en su período de humillación parece que ahora llegaban a su más alto nivel. El cáliz del dolor estaba rebosando. Fué un ataque final no en el orden físico, sino en el orden espiritual que recibió Jesús. En este instante su alma pura sentía que gravitaba sobre ella, todo el peso del pecado, todas las iniquidades de la raza caída. Sabemos que el pecado es lo que más Dios aborrece y al cargar Cristo en este momento con todos los pecados del mundo, tuvo que sufrir como un alejamiento, una separación de aquella comunión íntima que siempre había sostenido con su Padre. De este modo su angustia es indecible, la agonía llegaba a su punto más culminante, ya el sufrimiento no podía ser más intenso.

Cristo en su vida pasó por muchas pruebas, muchas tentaciones que quisieron apartarle del ideal sublime de la redención del género humano, pero ninguna puede compararse a este momento cuando clamó que el Padre lo había abandonado.

Pero El tenía que sufrir todo eso, aún la mirada severa del Padre, para comprar nuestra salvación.

QUINTA PALABRA: *"Tengo sed"* — Juan 19 : 28.

Después de la batalla terrible que había sostenido su espíritu, Jesús sintió sed. Otra vez la naturaleza humana hace sus reclamos. Los clavos lacerando sus manos y sus pies, impedían la libre circulación de la sangre. El ar-

diente sol primaveral flagelaba con sus saetas de fuego su organismo ya completamente extenuado, y víctima de una gran postración física Jesús exclamó: "Tengo sed".

Una mano malvada llevó a sus labios marchitos una esponja llena de vinagre.

Aquel que estaba con el Padre en la obra de la creación, y fué colaborador en todas las cosas buenas que nos ofrece la providencia divina; aquel que había creado las fuentes cristalinas y sonoras que llenan de poesía los bosques y calman la sed del triste peregrino en el desierto, no encontró una gota de agua con qué refrescar su agonía.

Probablemente Jesús no sólo sentía la sed física, sino también sed espiritual, sed de amor, sed de justicia, al contemplar aquella humanidad que estaba tan lejos de los caminos rectos, de las sendas de paz y de misericordia.

Vino al mundo a sufrir sed para que nosotros tuviésemos el agua de la vida, la salvación gratuita. La sed de nuestras almas se calma en el río de la vida eterna que El vino a mostrarnos. Felices si podemos aprovechar esta oportunidad que El ofreció a las multitudes cuando les hacía aquella cariñosa invitación diciendo: "El que quiera venga y tome del agua de la vida".

Almas que vagáis cansadas en el camino del mundo, que no halláis felicidad en ninguna parte, venid a Cristo y EL os brindará el verdadero descanso.

SEXTA PALABRA: *"Consumado está"* — Juan 19 : 30.

Al probar aquella hiel que acibararon sus labios pronunció estas palabras: "Consumado está." Ya había recibido lo más malo de la ingratitud humana. La grande obra que Dios le había encomendado ya estaba terminada.

Ningún hombre en la historia ha visto completamente terminada su obra. Sólo han visto el principio, han puesto los cimientos y otros han continuado su desarrollo hasta llegar al fin.

La obra de la redención estaba completamente terminada. Nadie podía añadirle nada más. Era perfecta. Sólo Cristo pudo ofrecer un sacrificio cruento que satisficiera

las demandas de la justicia divina, que reconciliara al hombre con Dios.

¡Grande es el regocijo que experimenta el alma, cuando después de arduos trabajos, esfuerzos y luchas llega a la cumbre de sus sagradas aspiraciones, viendo y palpando así la realización de todos sus sueños y esperanzas que en muchas ocasiones vió sepultados en el mar de la duda!

Cristo subió a la cumbre del Calvario, y cuando la última gota se derramaba en el cáliz de su amargura, pudo exclamar triunfante: "He terminado mi obra." Tras las sombras del Calvario, se levantaba espléndida la aurora de la salvación. Cuando la barquilla de la humanidad se hundía en los mares procelosos del pecado, apareció radiante "el iris de paz que se puso entre las iras de Dios y los delitos del mundo."

La redención está terminada por parte de Cristo; sólo falta que el hombre la acepte. Necesitamos presentar nuestros corazones arrepentidos y humillados delante de Jesús, como un sacrificio vivo, como una ofrenda que damos a Dios. Sólo así podemos apreciar la obra magna que Cristo realizó en la cruz.

El Espíritu Santo ilumine a los que andan por las sendas tenebrosas del pecado, para que así puedan aprovecharse de los beneficios de la gracia salvadora y entrar en la vida eterna.

SEPTIMA PALABRA: *"Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu"* — Lucas 23 : 46.

Después de manifestar que su misión en el mundo estaba terminada, Jesús entregó su espíritu a Dios.

Otra vez suceden manifestaciones terroríficas en la naturaleza: el terremoto sacude violentamente el Calvario, llenando de miedo aún a aquellos oficiales romanos que en las fieras batallas habían desafiado a la muerte.

En un día glorioso Jesús abandonó las regiones celestiales llenas de luz, armonías y santidad, para venir a la tierra donde imperaban las tinieblas, las penas y la maledicencia. Había recorrido esa esfera tenebrosa y ahora su

espíritu volvía al Padre, puro como un rayo de luz.

El refugio del alma está en Dios. Siendo un destello de la divinidad, al separarse del cuerpo, tiene que volver a El que fué de quien procedió.

¡Qué triste idea la de aquellas personas que niegan la existencia del alma, que la confunden con la materia, que la comparan a una hoja seca arrastrada por el viento, que se reduce a polvo y se confunde con la nada!

¡Sublime doctrina la del Cristianismo! Nos enseña que el espíritu y la materia son dos entidades diferentes. El organismo físico obedeciendo a una ley del Eterno se convierte en polvo, pero el alma, ese soplo divino, vuelve a Dios para recibir su premio o castigo.

No se queda el espíritu como estrella errática vagando entre los espacios interplanetarios, para después venir y comunicarse con cualquiera que se le antoje llamarle; no vuelve a reencarnar en seres de vida inferior en la escala biológica, como enseña la hipótesis de la trasmigración de las almas; no se queda en sitios intermediarios para esperar las plegarias y rezos de los deudos, para así purificarse; no se identifica con la deidad, como enseña el panteismo; ni se destruye según quiere probar el nihilismo; sino que va a Dios. No hay nada en el evangelio que dé un triunfo tan definitivo al espiritualismo y a la inmortalidad del alma, como la séptima palabra pronunciada por Cristo desde la cruz.

Las almas buenas y regeneradas no temen a las conmociones de la muerte sombría. Si han sido astros sobre la tierra derramando luz sobre la sociedad, mostrándole la senda más segura para llegar a su destino; si han esparcido el perfume de su bondad sobre el mundo; entonces la muerte será como una dulce despedida de este valle de dolores, para entrar en las glorias de la eternidad y ceñir sobre su frente la corona de los justos.

Esta concepción de la vida explica la serenidad de Jesús en presencia de la muerte y de todos aquellos que han albergado una fe profunda en el alma, como los mártires del cristianismo que en diferentes épocas y países han

ofrecido sus vidas en holocausto a la noble causa que con tanto tesón defendieron y por la cual murieron cantando salmos al Señor.

Así también nosotros, si queremos tener esa serenidad, debemos esperar la fiera Parca con una conciencia limpia de pecado y nuestra fe puesta en Dios, estando seguros que podremos entregar nuestro espíritu a El y entraremos a gozar de las bienaventuranzas eternas.

3. EL ENTIERRO DE JESUS — Mateo 27 : 57-61; Marcos 15 : 43-47; Lucas 23 : 50-56; 19 : 38-42.

En la tarde del viernes, los judíos se apresuraron a pedir a Pilatos que quebrasen las piernas a los ajusticiados y los bajaren de la cruz antes que empezase el día de descanso a las seis de la tarde.

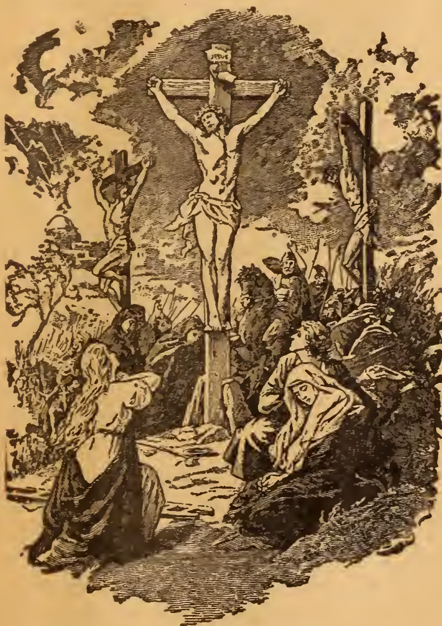
Los soldados quebraron las piernas de los ladrones, pero cuando llegaron donde Jesús, ya estaba muerto y no tuvieron necesidad de acabarle de matar, cumpliéndose así una profecía que decía: "que ningún hueso de su cuerpo sería quebrantado". Empero un soldado con su lanza le produjo una herida en el costado izquierdo, manando de ella sangre y agua, para que se cumpliese otra predicción que anunciaba: "miraron al que traspasaron".

En este momento aparecen en el escenario del Gólgota, dos importantes personajes, de los cuales hemos ya oído hablar en otras partes del evangelio. Son ellos José de Arimatea y Nicodemo dos príncipes de los judíos, ricos, ilustrados, de alta posición social que ocupaban también puestos en el Sanedrín, siendo los dos únicos votos negativos cuando dicho organismo condenó a Jesús a muerte. Habían sido dos discípulos secretos de Jesús, pero ahora sin temor alguno confiesan públicamente sus creencias manifestándose seguidores del Maestro al pedirle a Pilatos su cuerpo para ellos enterrarle dignamente.

José de Arimatea tenía un sepulcro nuevo en el cual colocó el cuerpo de Jesús preparándole convenientemente, según era la costumbre de aquella época; dando cumplimiento con su acción benemérita a otra profecía que

pronosticaba: "que con los ricos sería contado en su muerte".

Las mujeres que en todos momentos mostraron más valor que los discípulos varones, que parecía que en sus almas ardía más la llama de la fe; que parecían más resistentes ante la prueba que estaban soportando, que no se habían separado durante estas largas y terribles horas de sufrimiento del Calvario y siguieron con sus corazones destrozados por la pena todos los incidentes de la crucifixión de su Maestro, también vieron dónde Jesús había sido sepultado, como epílogo de aquella dolorosa jornada cuyo recuerdo jamás se borraría de sus mentes.



"La Crucifixión"

VII. SABADO

PARENTESIS DE SILENCIO — Mateo 27 : 62-66.

Nos dicen las Sagradas Escrituras, que al día siguiente de ser sepultado Jesús se juntaron los fariseos y fueron donde Pilatos estaba para pedirle una guardia que vigilara el sepulcro, recordando las palabras que el Maestro había dicho, que resucitaría al tercer día.

Hay un paréntesis de desesperante silencio durante el sábado. Por una parte los fariseos y doctores de la Ley, parecían satisfechos y contentos, porque habían terminado con la vida de un hombre que según ellos perturbaba el pueblo con sus enseñanzas y criticaba sus actuaciones.

Por otra parte los discípulos estaban tristes y desalentados, al pensar en su Maestro, que había sido tan bueno, tan santo, y que aparentemente había tenido un fin tan trágico. Cualquiera que les hubiese visto vagar sin rumbo por las calles de Jerusalem, después de los acontecimientos que se desarrollaron en el Calvario, los hubiera calificado como "sonámbulos de un sueño desvanecido" como llamó Victor Hugo a Napoleón cuando huía después de la derrota en Waterloo. Sí, ellos como todos los humanos, habían tenido sus *sueños* y hasta llegaron a discutir la repartición de los gabinetes en el ministerio del nuevo reino.

Pero ahora todo parecía esfumarse como una visión fantasmagórica, dejando un hondo pesimismo en su corazón, un derrumbamiento de esperanzas; en eclipse total de sus alegrías y pensarían regresar pronto a sus antiguas tareas de pescadores en el mar de Galilea, guardando en sus corazones el recuerdo de aquellos tres años que pasaron junto a Jesús, como las reminiscencias de un re-

manso de paz y dulce compañerismo, que le serviría de acicate en las luchas de la vida para vencer las arideces del camino hasta rendir la jornada de su existencia terrenal.

Ante esas mentes sencillas, que al parecer no habían podido profundizar todas las enseñanzas de Jesús, en este paréntesis de silencio se presenta una interrogación formidable que ellos no podían contestar: ¿Habían vencido los príncipes de los judíos, los fariseos y los escribas, los eternos perseguidores de Jesús y su doctrina, o había que esperar una victoria definitiva de aquella fe sencilla y poderosa que siempre había proclamado Jesús?



"No está aquí, ha Resucitado"

VIII. DOMINGO

LA RESURRECCION—Mateo 28 : 1-14; Marcos 16 : 1-13; Lucas 24 : 1-12; Juan 20 : 1-18.

A pesar de que Jesús había hecho muchas veces alusión durante su ministerio al hecho de que resucitaría al tercer día, los discípulos parece que no comprendieron la importancia de tan trascendental acontecimiento y se olvidaron por completo de dichas enseñanzas, a juzgar por su actitud de tristeza y pesimismo demostrados durante el proceso y crucifixión de Jesús, al permanecer ocultos en Jerusalem, exceptuando desde luego, a Juan quien estuvo presente hasta la terminación del drama del Calvario en compañía de algunas de las mujeres, entre las que se hallaba María, la madre del Salvador.

Las mujeres, más accesibles a las hondas impresiones religiosas, conservaban en sus corazones la llama de su fe inextinguible, disponiéndose a visitar el sepulcro muy de mañana, para cumplir con un deber piadoso, según era la costumbre entre los judíos.

Los cuatro evangelistas nos dan una detallada narración de tan importante acontecimiento. Las mujeres iban pensando en el obstáculo que ofrecía para ellas ungir el cuerpo de Jesús, la gran piedra que había sido puesta sobre el sepulcro, la cual era muy pesada. Pero con gran asombro al llegar notaron que la piedra había sido quitada. Y dos ángeles con albas vestiduras, les dieron las primeras nuevas de la resurrección, encargándoles que fueran donde sus hermanos estaban y les comunicaran la alegre noticia. El evangelista Marcos pone en boca del ángel el nombre de Pedro, para que las mujeres le comunicaran la noticia. Este mismo evangelista dice que los

discípulos "estaban llorando" cuando recibieron tan grata nueva.

La resurrección es el acontecimiento básico, fundamental del Cristianismo. Si Cristo no hubiese resucitado, entonces su personalidad en la Historia estaría al mismo nivel de muchos hombres buenos que predicaron una moral excelsa, y, finalmente ofrecieron sus vidas en holocausto a la causa que con tanto tesón defendieron. Por eso dice San Pablo: "Si Cristo no resucitó entonces nuestra fe es vana".

Comprendiéndolo así los campeones de la incredulidad han lanzado contra ese grandioso hecho histórico, sus más despiadados ataques, los cuales se han estrellado contra una barrera invulnerable.

Los mismos príncipes de los judíos, cuando se dieron cuenta de la realidad de la resurrección de Jesús, inventaron el primer engaño, ofreciendo dinero a los soldados romanos para que mintieran afirmando que estando ellos dormidos los discípulos robaron el cuerpo de su Maestro. El primer testimonio de los mismos soldados, de aquellos hombres tan valientes que muchas veces habían desafiado a la muerte, destruyó toda la falacia.

La hipótesis de que Jesús no murió, sino que sufrió solamente un síncope ofrece todavía menos credulidad, porque sabemos que sus enemigos le encontraron ya muerto cuando le fueron a bajar de la cruz y uno de los soldados para cerciorarse de ello, le clavó la lanza en el costado.

El argumento al parecer más filosófico que usa Ernesto Renán para combatir la Resurrección, cuando se analiza a luz de la razón y de todos los hechos bíblicos, se desploma como un castillo de naipes. Renán afirma que Jesús no resucitó; que las mujeres tuvieron una visión, producto de su calenturienta fantasía; es decir que la resurrección fué una ilusión, un fantasma, producto del fervor religioso de aquellas almas sencillas que seguían a Jesús.

Pero esto no pasa de ser un bello sofisma. Una sola persona puede sufrir alucinaciones, pero distintos indi-

viduos de diferente sexo y temperamentos; en distinto tiempo, lugar y circunstancias, dentro del campo psicológico nunca se ha probado que puedan sufrir los mismos efectos de una visión, de un ensueño o de una quimera. Los discípulos, hombres y mujeres vieron a Jesús, hablaron con él, cenaron con El, palparon las huellas que dejaron los clavos en sus manos y sus pies; y así se convencieron que no era algo intangible, sino que hasta los más incrédulos, como Tomás, quedaron convencidos de la realidad de la resurrección.

La Resurrección es el triunfo definitivo de la obra de Cristo. Es su más grande apeteosis. Es la derrota de la muerte, de las tinieblas y de Satanás. Es para el alma la gloriosa perspectiva de la inmortalidad. Pensando en ella fué que San Pablo lanzaba su reto a la muerte diciendo: "¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿dónde está, oh sepulcro, tu victoria?" Es la aparición de una nueva aurora en los destinos de la humanidad. Tras las sombras del valle de la muerte se divisa una ruta luminosa hacia los cielos. En la resurrección como en el nacimiento de Cristo aparecen los ángeles, mensajeros del Eterno, heraldos del cielo, que han venido en ambas ocasiones a traer un cántico de esperanza, a señalar, o a iniciar en el mundo una nueva era, un derrotero sembrado de flores, iluminado con las estrellas del amor donde las almas atribuladas hallan el descanso, los enfermos del espíritu, reciben la consolación y los pecadores encuentran la vida eterna. Por eso el día de la Resurrección que se celebra en la estación primaveral, cuando principian las flores a brotar sobre la tierra, cuando en la misma naturaleza parece que principia una nueva vida, también en los corazones de los hombres debe brotar un nuevo cántico que se una a las alegrías de la naturaleza para celebrar la más gloriosa epopeya, la fecha más sublime de todos los acontecimientos que registra la historia de la humanidad.

DATE DUE